

Huir de Dios es complicado

Cuando abrimos la Biblia en el capítulo 3 de Éxodo encontramos las palabras en la RVC que nos dicen lo siguiente: “Moisés cuidaba las ovejas de Jetro, su suegro, que era sacerdote de Madián, y un día llevó las ovejas a través del desierto y llegó hasta Horeb, el monte de Dios. Allí, el ángel del Señor se le apareció en medio de una zarza envuelta en fuego. Moisés miró, y vio que la zarza ardía en el fuego, pero no se consumía. Entonces dijo: «Voy a ir y ver esta grande visión, por qué es que la zarza no se quema.» El Señor vio que Moisés iba a ver la zarza, así que desde la zarza lo llamó y le dijo: «¡Moisés, Moisés!» Y él respondió: «Aquí estoy.» El Señor le dijo: «No te acerques. Quítate el calzado de tus pies, porque el lugar donde ahora estás es tierra santa.» Y también dijo: «Yo soy el Dios de tu padre. Soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Luego el Señor dijo: «He visto muy bien la aflicción de mi pueblo que está en Egipto. He oído su clamor por causa de sus explotadores. He sabido de sus angustias, y he descendido para librarlos de manos de los egipcios y sacarlos de esa tierra, hacia una tierra buena y amplia, una tierra que fluye leche y miel, donde habitan los cananeos, los hititas, los amorreos, los ferezeos, los jivitas y los jebuseos. El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mi presencia, y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Por lo tanto, ven ahora, que voy a enviarte al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel.»”

El libro de Éxodo está hablando de la esclavitud del pueblo de Dios en Egipto. Ese pueblo es el que descubrirá quien es Dios y el pacto hecho con el propio Dios. Descubrirá quién es el Dios que se revela al propio pueblo de Israel en el momento de su dolor sin tener consciencia de eso. Aquí tenemos la gran intervención divina preparando a Moisés para liberar al pueblo de la esclavitud en la tierra de Egipto.

Moisés había sepultado el sueño que tenía de bendecir a su pueblo. Tal como muchas personas decepcionadas con la iglesia, con la religión, con las personas, Moisés había literalmente colgado las botas, abandonado. Se había jubilado o retirado espiritualmente, trabajando con su suegro en la tierra de Madián. Pero Dios, que es el dueño de su obra, intervino de manera extraordinaria.

Mientras Moisés está cuidando del rebaño en el desierto, el ángel del Señor aparece en el fuego, como ocurre algunas veces en la Biblia, quizás para mostrar la idea de esplendor, de gloria, de pureza y de poder que está asociada al fuego. Esa llama está quemando una zarza, que no es algo tan impresionante, pues el desierto es seco y está lleno de zarzas. Y esos arbustos pueden quemarse debido al excesivo calor o por cualquier otra razón. Pero Moisés, muy observador, entrenado por la vida, presta atención a lo que está pasando. Aquella zarza arde, pero el fuego no destruye las hojas y las ramas. El líder que Dios va a preparar se está acercando a un momento crucial. Entonces el Señor se manifiesta a Moisés y lo llama por su nombre, presentándose como Dios poderoso, como un Dios que causa temor al ser humano y frágil.

Inmediatamente manifiesta sus palabras diciendo: “Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa.” No es que la tierra en sí fuese sagrada, sino porque Dios estaba presente de manera especial. En aquel momento Moisés, en honor a la presencia de Dios, recibe la orden divina de respetar, de reverenciar y mostrar temor. Entonces Dios se muestra como el Dios de la historia y ya está preparando su historia de salvación a partir del patriarca Abraham. Y Moisés, ante esa manifestación, se cubre el rostro.

Entonces Dios dice: ‘soy consciente de aquello que te conmovió el corazón. Tengo plena consciencia de lo que está pasando. He visto muy bien la aflicción de mi pueblo que está en Egipto. He oído su clamor por causa de sus explotadores. He sabido de sus angustias, y he descendido para librarlos de manos de los egipcios y sacarlos de esa tierra, hacia una tierra buena y amplia, una tierra que fluye leche y miel. (...) ha llegado a mi presencia, y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen’.

Ahora viene la palabra tremenda. Moisés, retirado por su propia voluntad, es llamado de regreso al trabajo. “Voy a enviarte (...) para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel.”

Es interesante observar que Moisés, en un primer momento, decidió asumir el control del trabajo y mató al egipcio. Ahora que Dios lo llama, consciente de toda la responsabilidad, Moisés tiene un gran miedo y dice: ¿Y quién soy yo para ir ante el faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?”

La respuesta de Dios es muy interesante. “«Ve, pues yo estaré contigo. Y esto te servirá de señal, de que yo te he enviado: Cuando tú hayas sacado de Egipto al pueblo, ustedes servirán a Dios sobre este monte.»” Moisés insistió: —Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: “El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes”, ¿qué voy a responderles si me preguntan: “¿Y cuál es su nombre?”

Y entonces Dios le contesta, en uno de los textos más importantes e impresionantes de la Biblia, en el que él se revela a sí mismo por medio de su nombre. Él dice: “YO SOY me ha enviado a ustedes.” También le dijo Dios a Moisés: «A los hijos de Israel les dirás: “El Señor me ha enviado a ustedes. Él es el Dios de sus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.” Éste es mi nombre eterno. Con este nombre se me recordará por todos los siglos.”

Dios da una orden de manera expresa: “Así que ve y reúne a los ancianos de Israel, y diles: “El Señor, el Dios de sus padres, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, se me apareció y me dijo: ‘En verdad he venido a visitarlos. He visto cómo los tratan en Egipto, y me he propuesto sacarlos de la aflicción de Egipto y llevarlos a... una tierra que fluye leche y miel.”

Y entonces Dios sigue, diciendo sobre los ancianos que: “Ellos oirán tu voz, y entonces tú y los ancianos de Israel irán a hablar con el rey de Egipto y le dirán: “El Señor, el Dios de los hebreos, nos ha encontrado. Por eso, ahora vamos a ir camino de tres días por el desierto, para ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios.”

Nota aquí qué lo que sigue diciendo Dios a Moisés: “Yo sé que el rey de Egipto no los dejará ir, sino a la fuerza. Pero yo extenderé mi mano y heriré a Egipto con todas las maravillas que allí haré. Y entonces él los dejará ir. Y yo haré que los egipcios vean a este pueblo con ojos bondadosos, para que cuando ustedes salgan no se vayan con las manos vacías.”

Ciertamente que es interesante: Moisés recibe la convocación divina y a la vez Dios dice que el rey de Egipto no los dejará salir, salvo que una mano poderosa lo fuerce a ello. Pero herirá a los egipcios y actuará detrás de todo ese proceso para que ellos salgan y los egipcios además de buena gana tratarán con que ellos salgan lo más deprisa posible de Egipto. Y esto sorprendentemente ocurre en un momento en el que Moisés estaba bastante acomodado en su vida personal.

El Dios que domina la historia, que escucha el lloro de los oprimidos, que no se olvida de su pueblo, que actúa de manera inesperada, que escoge un bebé, un hombre que se siente fracasado en la vida, toma el control de la situación. Y es que el Dios de Israel, de la Biblia, un Dios justo que seguramente castigará todas las formas de tiranía, de maldad y de injusticia, se levantó, y la esclavitud va a terminar.

Moisés es el centro de todo eso. ¿Cómo reaccionaría Moisés? Antiguamente, Moisés era aquel que lo haría por su cuenta. Ahora, Dios lo llama y él tiene miedo, pero Dios se revela. A veces pensamos que Dios va demasiado despacio. Miramos a nuestro alrededor y vemos que el mal se apodera de todo, y estamos decepcionados porque parece que la iglesia ya no tiene poder para influir en la sociedad, y casi hemos renunciado a todo, y ya no queremos estar rodeados de otras personas, y sólo queremos irnos a vivir a una cabaña de madera en el bosque.

Creo que Moisés estaba en ese punto. Trató de defender a los hebreos con sus propias fuerzas, y no funcionó. Terminó matando al capataz egipcio, así que tuvo que huir con sus parientes lejanos en Madián. Allí estuvo, cuidando día tras día los rebaños de ovejas de su suegro, durante unos cuarenta años. Pero Dios, que tenía sus propios planes, se aparece a Moisés en una zarza ardiente en el momento oportuno y lo llama a servir.